



Vida eterna

La pandemia trae consigo una luz, incluso aunque no podamos determinar sus causas. Es una luz sobre nuestro propio corazón. Nos habla de nuestros miedos, deseos y aspiraciones, nos habla del orden de nuestros amores. Esto implica que la pandemia ha revelado también, para cada uno y para toda la sociedad, el lugar que ocupa Dios.

Este lugar se ha mostrado ser, en la mayoría de los casos, un lugar secundario, de último asidero cuando todo falla. Se ha mostrado ser, además, un lugar privado, dejado al sentimiento de cada uno, como fuerza o luz interior, pero no responsable de la marcha material de los eventos.

Todo esto evoca una carta que Benedicto XVI publicó en torno a la Pascua de 2019, donde hablaba de la necesidad de anteponer a Dios. ¿Qué significa anteponer a Dios? Puede ser declarar que su región es precisamente el futuro, lo que está delante de nosotros.

Anteponer a Dios significa, por tanto, anteponer la vida eterna. Hoy la Iglesia no habla mucho del fin último del hombre. La pandemia reaviva la necesidad de volver a lo que la teología clásica ha llamado los “novísimos” o cosas últimas. Y esto, en primer lugar, porque hemos experimentado de cerca nuestra fragilidad, y porque se ha hecho visible de nuevo la muerte.

Pero esta no es la única razón. Pensar en la vida eterna no es solo el remedio ante las tristezas y los fracasos de esta vida terrena. Pues la vida eterna no es otra vida al margen de esta. La vida eterna nos recuerda la seriedad de esta vida, lo que en ella nos jugamos. Y la vida eterna es, además, el lugar donde desemboca esta vida.

Por eso la Iglesia sabe que el momento del fin del mundo depende de cómo se comporta el hombre. La entrega de la Iglesia a su misión, por ejemplo, anticipa este fin. Y también la celebración de la Eucaristía. Porque “fin” aquí no significa solo “final”, sino sobre todo madurez o plenitud. San Ireneo de Lyon comentaba así la frase de san Pablo: “pasa la figura de este mundo”. Lo que pasa, decía Ireneo, no es este mundo, sino su figura o forma visible. Este mundo no pasa, porque el cielo consiste en la renovación de este mundo, que pasará a ser la nueva Jerusalén, lleno del Espíritu de Dios. Por eso, pensar en la vida eterna no significa tirar la toalla ante el naufragio que sufrimos, sino redoblar esfuerzos para poner a flote la nave de nuestra vida común.

Una consecuencia es que la vida eterna ha comenzado ya, y también la nueva creación. Se nos ha anticipado en los sacramentos. Eterna, no significa solo que dura para siempre, sino que significa también plena, con la plenitud propia de Dios, el eterno. Cuando los padres, al bautizar a su hijo, piden la vida eterna, no piden solo algo futuro, sino la grandeza de una vida presente.

Trabajamos, por tanto, para llevar este mundo a la eternidad de Dios, para llevar nuestra ciudad a la Jerusalén nueva. Pero no debemos olvidar que esta eternidad es siempre un don suyo, y que esta Jerusalén desciende de arriba, desde Él. Esto significa que este mundo tiene que transformarse, y transformarse dejando que Dios reine en todas sus relaciones, pues solo así desembocará en su meta. La pandemia, epifanía que ha revelado el orden de nuestro amor, es también llamada a crear un nuevo orden de relaciones abiertas a Dios, pues solo así podrán dar el fruto de Dios.

Podemos pensar en las comidas que el Resucitado compartió con los discípulos. San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, para decir que comían juntos usa un verbo griego que literalmente significa “comer sal juntos”. Benedicto XVI ha subrayado la riqueza de este verbo. Pues la sal, que evita la corrupción, indica una alianza imperecedera entre Jesús y sus discípulos. En la Eucaristía “comemos sal” junto a Jesús, porque vamos practicando ya las propiedades del cuerpo resucitado, es decir, de un cuerpo totalmente abierto al amor, capaz de decir, dando gracias: “tomad, comed”. Y esta es nuestra esperanza, tras la pandemia: que las nuevas relaciones del mundo que surge, participen de la Eucaristía, para tener así un futuro pleno. Tan pleno que desemboque en la eternidad.